

Luhmann, Niklas 1992 Sociología del riesgo Universidad iberoamericana/ Universidad de Guadalajara. México. (Soziologie des Risikos 1991)

Capítulo 12 La observación de segundo orden

Para una reflexión final, abordemos un tema que aparece esporádicamente en casi todos los capítulos, pero que se ha impuesto especialmente durante las reflexiones acerca de la relación entre la ciencia y el riesgo. Nuestros propios análisis se mueven en el ámbito de la observación de segundo orden y constatan, al mismo tiempo, que la sociedad misma practica ya esta clase de observación de los observadores. ¿Que significa esto? ¿Y cuales son las consecuencias para una teoría de la sociedad moderna?

Para introducimos nuevamente en la temática, recordemos en primer lugar algunos de los análisis ya presentados. Sólo se puede hablar de riesgo, sin importar cómo se entienda el término, cuando se presupone que quien percibe un riesgo y posiblemente se le enfrenta, efectúa ciertas diferenciaciones, por ejemplo la diferencia entre resultados buenos y malos, ventajas y desventajas, utilidades y pérdidas, así como la diferencia entre probabilidad a improbabilidad de que ocurran estos resultados.

Alguien con una actitud arriesgada por ejemplo que en el tránsito rebasa en forma arriesgada, o que juegue con un arma de fuego, ciertamente lo puede hacer como observador de primer orden. Pero en cuanto reflexiona si el mismo debe enfrentarse a un riesgo, se observa a sí mismo desde la posición de un observador de segundo orden; y solo entonces se puede hablar realmente de conciencia o comunicación de un riesgo; porque únicamente entonces la operación se basara de tal manera en las diferencias típicas del riesgo, que a la vez se toma en cuenta que también podrían tener otro lado, y que no solo, se refieren objetos.

Independientemente de ello, para siquiera poder observar los riesgos hay que saber distinguirlos de otras cosas, y el concepto riesgo gana en precisión y definibilidad únicamente en la medida en que se determine de qué forma se distingue un riesgo. En el capítulo 1 se definió el concepto riesgo mediante la diferencia entre riesgo y peligro, remitiéndolo así a un problema de atribución. Pero esto tan solo conduce a la pregunta de quien decide acerca de la atribución, con la posibilidad de adjudicar, a su vez, la decisión acerca de la atribución.

Además, la preferencia por la diferencia riesgo -peligro conlleva el rechazo a la diferencia riesgo -seguridad, aunque debimos dejar constatado que se utiliza también esta diferencia. Uno puede argumentar a favor o en contra, como mejor le parezca, pero siempre en vista de que hay observadores que practican una a otra selección de la diferencia.

También la diferencia entre quienes deciden y los afectados nos conduce a un ámbito de observación de segundo orden. Los afectados observan a quienes decidir en vista de su tendencia hacia los riesgos. Quienes deciden observan que son observados de ella manera. Cada uno se lo explica con las supuestas características de aquellos a quienes observa en cada caso. Eso sirve para la formación de oponente en el revés de una observación de primer orden: los capitalistas, los verdes, etc. Pero la razón por la oposición no viene de los hechos, sino de las formas de conservación del otro lado. Esto presupone una observación de segundo orden.

En cuanto los sistemas funcionales de la sociedad moderna se comprendan como sistemas de codificación binaria, se llegará al mismo problema. Los códigos son deferencias dominantes mediante las cuales estos sistemas se registran a sí mismos y a su entorno buscando informaciones relevantes. Así que un sistema solo puede observarse a sí mismo si determina cuales operaciones utilizan exclusivamente su propio código. Para ello, el sistema tiene que observarse a sí mismo como observador.

Además, las codificaciones presuponen programas de acuerdo a los cuales se puede definir si es aplicable o no a otro valor del código, por ejemplo verdadero o falso.

Pero los programas -en este caso teorías y métodos – pueden divergir. Un sistema de este tipo debe estar, entonces, en condiciones de observar con cuales; métodos se han elaborado los resultados de investigación, o a que precios se compra o no se compra algo.

Todo el sistema opera, por lo tanto, en el ámbito de la observación de segundo orden, y sólo en segundo lugar, únicamente para explicar, adornar, preparar una acción, se activan despues observaciones de primer orden con una referencia directa al objeto.

En casos concretos se repite el problema. Se trata, entonces, no solo de un requerimiento de la reconstrucción lógica y teórica de las circunstancias empíricas, sino ciertamente también de un problema de la orientación practica.

En el caso de las tan discutidas y políticamente controvertidas consultas a expertos, se trata, como si no existiera duda alguna, de la cuestión de si el experto como conocedor (observador) de la ciencias se pronunciaría a favor o en contra de un proyecto, o cómo respondería a esta o a otra pregunta tecnica. Y ya desde la rnisma selección de los expertos se especula acerca de la clase de dictamen con que habrá que contar.

No es necesario que uno mismo sea un experto; pero es indispensable saber evaluar al experto como observador de su especialidad, y eso no es posible sin entender algo de los problemas técnicos.

Incluso cuando se trata de convertir los riesgos tecnológicos en un tema político, se produce una necesidad de decisión que en el propio sistema político puede observarse de manera distinta. Quienes apoyen un proyecto, lo verán de una manera diferente a como lo ven sus oponentes. Cada quien observara o mandara observar el problema técnico, por ejemplo la tecnología de seguridad de procedimientos arriesgados en la producción, y al mismo tiempo se formara un juicio acerca de aquella otra pregunta, muy distinta, acerca de como están las posibilidades políticas y de cómo los políticos de una a otra variante juzgaran el asunto; políticos que, a su vez, en su formación de un juicio saber que :no son libres y que se les observa, por lo cual no pueden actuar arbitrariamente y, como consecuencia, pueden ser observados. Quien no sabe actuar en este peso resbaloso de la observación de segundo orden, pronto podrá observarse como alguien que ya no tiene acceso al juego.

Estos esbozos de los análisis efectuados hasta ahora darán el alcance del problema de la observación de segundo orden. Tampoco es difícil decir que se trata de la observación de observaciones. Pero con eso aun no hemos ganado gran cosa. Todo lo demás parece depender de que se; aclare que significa observar y cómo esta operación de la observación pueda ser reflexiva, es decir, que se pueda aplicar a sí misma.

De la observación de segundo Orden, *second order cybernetics*, *second semiotics*, etc., se habla desde hace tiempo, aunque al parecer en vista a una operación básica entendida de manera muy distinta, por ejemplo en vista a un concepto muy general de cognición, fundamentado biológicamente (Humberto Maturana), o en vista a la aplicación de signos (Dean y Juliet MacCannell). Gotthard Günther pregunta por las estructuras lógicas que sirven para captar y describir que sucede cuando un sujeto observa a otro sujeto, no solo como objeto, sino también como sujeto, es decir, como observador.

Otros ven el problema como un problema de la asignación de observaciones a observadores. En las ciencias sociales, cuestiones similares se tratan mediante un concepto de la observación que no se explica más (pero que probablemente debe entenderse en forma psicológica) y se ven en primer lugar como problema de métodos.

La cibernética de segundo orden piensa, por supuesto, en operaciones de la regulación y del control. En vista de tan diferentes puntos de partida, ciertamente no se puede hablar de un tema unívoco, ni mucho menos de una nueva epistemología. Y, sin embargo, se pueden percibir perspectivas que contrastan claramente ante lo que la llamada postmodernidad pregona como discrecionalidad del acceso a formas y circunstancias.

Tal confusión incita, en primer lugar, comprender el término de la observación de modo relativamente formal, por decirlo así, de situarlo por encima del campo de batalla de las opiniones. Con el término observación queremos entender, entonces, la aplicación de una diferencia para la designación de un lado (y no del otro), sin importar que realidad empírica realice esta operación, siempre y cuando pueda diferenciar (es decir, ver a la vez dos lados) y describir.

Con George Spencer Brown presuponemos, entonces, que la diferenciación y la descripción forman una unidad indivisible, ya que únicamente se puede describir algo diferenciable y solo se pueden usar diferenciaciones para las descripciones (lo cual incluye la posibilidad que nos pondrá sobre la huella de la observación de segundo orden: designar la diferencia misma mediante otra diferencia).

Observar es, por lo tanto, una aplicación operativa de la diferencia. Si se pretende observar observaciones, se debe saber diferenciar las diferencias. De todas maneras no es suficiente hacerlo únicamente en el sentido de una enumeración de algo: existen cosas grandes y pequeñas, blancas y negras, mi casa y otras casas, etc., *ad libitum*.

Con esta clase de "existen cosas" uno sigue siendo observador de primer orden. Uno trata las diferencias como objetos, y siempre se ha seleccionado ya to que constituye el punto de interés.

No se llega a una observación de segundo orden sino cuando se observa a un observador como observador. "Como observador" quiere decir: en vista a la manera de cómo observa. Y eso a su vez quiere decir, con vista a la diferencia que utilizar para la designación de un lado (y no del otro). O en la terminología de Spencer Brown: en vista a la forma en la cual basar su observación.

Esta disposición teórica contiene mas determinaciones, pero también mas dificultades de to que se permite vislumbrar en primera instancia. Para empezar: la operación básica de la observación se garantiza a sí misma su propia realidad (y veremos que lo hace mediante un entramado recursivo con otras observaciones).

Consigue su propia realidad, no de lo que observar; ni tampoco, en el caso de la observación de segundo orden, mediante el observador al que observa. Es decir, no depende del consenso, sino que tiene en sí misma el mismo valor de realidad cuando

señala un disentimiento. Le basta que se realice facticamente. Dicho de otra manera, debe lograrse como operación. Pero, ¿cómo es posible?

En la terminología de Heinz von Foerster habría que responder que la operación no es posible como resultado aislado. Se da mediante un calculo recursivo de cálculos. El cálculo de cálculos conduce a valores propios, que son tan estables que ya no es posible renunciar a ellos, abandonarlos. Por supuesto, esto puede fallar, pero entonces la observación se desliza hacia lo insostenible. Pero, ¿cómo se puede interpretar esta formula que proviene originalmente de las matemáticas?

Se supone que se identifican los valores propios de la observación con la invariabilidad de sus objetos. En el cálculo de Spencer Brown la repetición de una designación conduce a la condensación de la identidad. Pero si se pretende garantizar la estabilidad de los objetos o de las identidades, hay que evitar que se confundan las circunstancias siempre distintas a históricamente nunca idénticas del sistema operante con sus objetos (aunque se tratara de sus propias circunstancias que pueden regresar).

Dicho de otra manera: una secuencia de operaciones recursivamente organizada que tiene acceso hacia adelante y hacia atrás se tiene que observar como sistema, es decir, hay que saber distinguirla de un entorno operativamente inaccesible. El sistema debe saber observar la secuencia de las operaciones como delimitación, incluyendo lo pertinente, y como extralimitación de lo no pertinente.

Debe saber observarse a sí mismo como sistema operante (lo cual no tiene que significar de inmediato: como sistema que observa). Debe saber distinguir entre la autorreferencia y la referencia a otra cosa. El valor propio de los valores propios, eso es el sistema. El sistema como limite, como forma con dos lados, como diferencia entre sistema y entorno.

Con ello se aclara, a la vez, lo que puede significar observar a un observador. Significa observar un sistema, que a su vez realiza operaciones de observación. Se puede tratar de otro sistema, pero en caso de una autoobservación de segundo orden, también se puede tratar del propio sistema que observar. Seguimos manteniendo abierto que clase de operaciones realiza el sistema.

Se puede tratar de un sistema vivo (por ejemplo un cerebro), de un sistema psíquico (una conciencia) o de un sistema social, que solo realiza operaciones comunicativas. Una observación de Segundo orden puede realizarse, entonces, con bases operativas muy distintas. No podemos entrar en estudios mas detallados acerca de cómo es posible. Debe bastarnos con saber que siempre se tratara de un sistema que observa y que los valores propios del entramado recursivo de observaciones de Segundo Orden, por lo tanto, presupone siempre la forma sistémica de los observadores.

La observación de segundo orden requiere, forzosamente, que se sugiera a otro observador que él es capaz de distinguirse a sí mismo y a su entorno; no importar si en el caso individual, en el cual el es observado, se observe a si mismo o a su entorno.

De esta manera podremos ver, además, que una observación de Segundo Orden siempre es a la vez una observación de primer Orden. Se debe decidir desde el sistema por una referencia sistémica, es decir, se debe saber diferenciar los sistemas como objetos. Uno se decide por la observación de una persona o de un partido político, por la observación de la economía mundial o del sistema legal francés.

Uno debe orientarse en el mundo si pretende dirigir la vista a alguna parte; y para ello basta una observación de primer Orden. Así será en muchos casos. Solo habrá una observación de segundo orden cuando se comprenda el sistema hacia el cual se dirigen las propias observaciones como sistema que observa; es decir: como sistema que se distingue

a sí mismo de su entorno, que con ello produce valores propios y que utiliza diferencias propias para observar algo en sí mismo o algo en su entorno.

III

¿En que nos ayudan estas reflexiones complicadas y abstractas, esencialmente no aclaradas en sus bases lógicas, cuando se trata del tema de los riesgos que se perciben y se enfrentan en la sociedad moderna, y sobre todo que son juzgados de manera controvertida?

Más que otra coca, echan una luz adicional sobre los problemas de la comunicación del riesgo. Se puede exigir, si existe la posibilidad, que se distinga entre la observación de primer orden y la observación de segundo orden. En el ámbito de primer orden, los participantes se observan mutuamente como objetos, sacan conclusiones de prejuicios y percepciones o de la comunicación de prejuicios y percepciones, acerca de las características de los socios o de los contrarios.

Esto conduce, para hablar con Habermas, a una orientación estratégica, quizás a un juicio moral que provoca decisiones sobre aprecio o desprecio. Se ve lo que ven los demás y se forma una opinión propia acerca de eso mismo. Se vive con los observadores en un mismo mundo y se disputa o se llega a un consenso. Pero, ¿es valido esto mismo cuando no se trata de objetos sino de riesgos?

En el caso de una observación de segundo orden, la pregunta primaria es con que diferencias y cómo, mediante estas diferencias, el observador observado designa. ¿Que es para el probable o improbable? ¿Dónde se sitúa para el límite de la catástrofe que le provoca aversión al riesgo y que lo lleva a rechazar todo calculo cuantitativo? ¿En simples dificultades de liquidez; o en la posibilidad de la bancarrota?

¿Sólo cuando pelagra la propia vida; o en una situación donde pelagra la vida de otros (sin definir quienes)? ¿Importa si las ventajas perseguidas que hace que valga la pena arriesgarse serán validas para quien decida o también para otros? ¿Importa la diferencia entre costos internos y externos? ¿Esta diferencia se utiliza reflexivamente, de forma que quien quiera sugerir a otros que internalicen costos, ve que precisamente esta estrategia a su vez externaliza sus propios costos, de modo que ni siquiera es posible hacer de la externalización de costos un reproche?

En la comunicación de las organizaciones se podría poner atención acerca de sí los participantes pueden observar cómo son observados, y si esto vale igualmente para los subordinados y para sus jefes. Se podría preguntar si la posición ante el riesgo forma parte del rol o sí varia con los éxitos y los fracasos. Se podría preguntar, en el sentido de los estudios sociopsicológicos más antiguos, por grupos de referencia, es decir, preguntar por quien quisiera uno ser observado o teme serlo, y cuales son las diferencias principales que se imputan a estos observadores preferidos -temidos.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Pero es más importante obtener claridad acerca de los problemas de comunicación con los cuales habrá que costar cuando se haya establecido y pueda esperarse una observación de segundo orden.

Ante todo hay que tomar en cuenta que en el campo de la observación de segundo orden ya no es posible la formación de jerarquías, y que las jerarquías, cuando pasan a una observación de segundo orden, por ejemplo en la relación entre jefes y subordinados, se relativizan. (La famosa lógica señor -siervo de Hegel había intentado contrarrestar esto

al sugerir que solo de un lado, solo en la posición del siervo, existe un interés por la observación de segundo orden y que por medio de esta asimetría se salvaba la jerarquía).

Entonces se pierde la posibilidad de obtener un juicio acerca del sistema mediante la observación de la forma de observación en la cima. En su lugar deben de existir otras reducciones de la complejidad acordes con la jerarquía.

Por lo visto, los grandes sistemas funcionales que han establecido una observación de segundo orden trabajan con interrupciones de comunicación dirigidas exactamente hacia eso. La ciencia, por ejemplo, lo hace mediante publicaciones y un sistema de recesión altamente selectivo. Se observa a los colegas no durante sus observaciones, sino a través de sus publicaciones. Para la economía, la competencia tiene la función de un bloqueo de comunicación que, no obstante, no evita la observación de observaciones que se da a través del mercado.

Para el sistema político, vale algo parecido con respecto al espejo de la opinión pública. La única excepción es la familia (o en un sentido más amplio, el complejo de las relaciones íntimas), y en este caso seguramente cualquiera que tenga experiencia en este campo sabe referir que requerimientos de atención, cuidado y refinamiento resultan del hecho de que todo el tiempo hay que observar. Cómo se es observado, y cuán difícil es dirigir la comunicación en el ámbito de los objetos hacia el de la observación de observaciones, independientemente de que de lo que se trata es de seguir manteniendo la paz. Esto solo se puede lograr con amor, y aun entonces, no perdura mucho tiempo.

Sin duda alguna, la sociedad moderna sugiere presuponer una observación de segundo orden en todas las comunicaciones. Eso vale para la atribución de la comunicación a los individuos, cuyo individualismo, según la comprensión moderna, consiste precisamente en que se observan como observadores y que no viven simplemente su vida.

Pero vale también para grupos grandes o para los sistemas, cuando por ejemplo se ve que los pedagogos tienden a entender la misma política como tarea pedagógica; o cuando se le imputa a, *el capital* ciertas formas de observación, aun sin referencia a Marx. Para la teoría sociológica, de hecho este tipo de observación de segundo orden es un medio indispensable. La misma sociedad, sin embargo, ha desarrollado ya formas de inmunidad contra la sobrecarga comunicativa relacionada con ello.

Podríamos, llamar esta clase de formas entendimientos. Más cercana a nuestro campo temático, Sheila Jasanoff habla de "regulatory negotiation". Allí donde haya terapeutas implicados, se habla de prescripciones. En cada caso se trata de un regreso de observaciones de segundo orden a un campo de observación de primer orden.

No se trata, de ninguna manera, de la vieja ingenuidad en la fe universal directa y común, sino de una salida de los enredos irresolubles de la comunicación. El mundo de la observación de segundo orden no es transparente. Uno cae siempre en nuevas diferencias de diferencias, que en todo lo que se piensa y dice siempre llevan consigo también el otro lado. Así de inflado, el mundo es una gigantesca *black box*.

Y precisamente por ello, justo cuando se ha experimentado esto y se supone que también el otro ha tenido la misma experiencia, se podrá recomendar que se vuelvan transparentes por lo menos algunas estructuras de interacción y que se conformen nuevamente con una observación de primer orden, "*whitening the black box*".

Así como en una burocracia corrupta, donde es necesario conocer a alguien que conoce a alguien para lograr algo, son los documentos, actas y pruebas las que ganan importancia, así en un mundo constituido en el campo de la observación de segundo orden son los entendimientos los que cobran importancia.

En la forma del continuo escribir y variar los entendimientos, cuyos resultados se pueden observar directamente, el sistema se vuelve a sí mismo observable. Se trata de los acuerdos existentes en cada caso, precisamente porque se sabe que no son la cosa misma. Se aprende por segunda vez el lenguaje. Se aprende nuevamente a distinguir entre significativo y significado, entre lo presente para todos los observadores de primer orden y aquello que se pueda observar como su observación.

Esta diferencia rompe con el llamado consenso con todo y los requerimientos tradicionales de sinceridad, veracidad y cumplimiento de un contrato. Hay formas operativas del sistema que funcionan porque no se les tome en serio. Esto, por otro lado, ya nos lo había enseñado el romanticismo con su serenidad, su ironía; con sus hadas, magos, espejismos, dobles y escenografías, que son indispensables para el funcionamiento de los textos como poesía, pero que no se deben confundir con lo que es realmente importante.

Históricamente, es la primera forma de observación que se ajusta a la escritura. Y lo mismo nos sucede con el requerimiento del entendimiento practicado a lo largo de la sociedad, el requerimiento de asegurar lineamientos de la transparencia en un mundo que se ha vuelto intransparente, es más, en cierto sentido inobservable por la práctica de la observación de segundo orden.

En un mundo cuyo futuro ya no se puede describir sino en el medio de lo probable -improbable, en la actualidad los textos (quien sabe para que lectores), las obras de arte (quien sabe para que espectadores) y las recetas (quien sabe para que pacientes) constituyen aquel modo con el que la comunicación hace disponible la observación de segundo orden para una observación de primer orden.

Este rodeo a través de la escritura (en el sentido más amplio) ofrece una alternativa para una observación directa del otro observador. Tal clase de observación directa lleva a explicarse por que el otro observador observe como observe. Así, los afectados esbozan teorías propias acerca de la conducta de riesgo de quienes deciden, y quienes deciden esbozan teorías propias acerca de la conducta de protesta de los afectados.

Así se obtienen experiencias, y ciertamente existen posibilidades de refinar y mejorar tales explicaciones, de equiparlas con una mayor complejidad y con posibilidades de comunicación más exactas. Pero esto enriquece entonces también el mundo común con complejidad y falta de transparencia, y ciertamente no conduce a un consenso en el sentido de una coincidencia de las situaciones sistémicas.

Por esto parece recomendable cuidar aparte, y de manera claramente distinta, el camino del entendimiento, que puede funcionar independientemente de sí y hasta donde los afectados puedan reconstruir mutuamente los mundos de su observación.